Fragmentada

Aurora White

FRAGMENTADA

Aurora White

avant
editorial

Primera edición, octubre de 2025
© Aurora White, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-40-1
THEMA: F - FB - FBA
DEPOSITO LEGAL: M-23596-2025

Dedicado a Sarah, mi hija

Prólogo

No nací para contar esta historia. Durante mucho tiempo, pensé que callarla era mi única forma de sobrevivir. Pero hay memorias que arden por dentro, y si no encuentran palabras, se pudren en silencio.

Este libro no es una venganza. No es un juicio. Tampoco es una súplica.

Es un mapa hecho de cicatrices. Un intento de ordenar los pedazos rotos de mi infancia, de mi linaje, de mi identidad, para darles forma. Para devolverles dignidad.

Me llamo Aurora, pero a lo largo de los años fui muchas mujeres.

Fui la niña invisible.

Fui la adolescente confusa.

Fui la mujer que huyó y la que se quedó.

Fui la que buscaba amor como quien busca un pan caliente en la noche.

Y también fui —y soy— la que está aprendiendo a volver a sí misma.

Fragmentada, no es solo mi historia. Es la historia de muchas mujeres: las que crecieron con palabras que dolían más que los golpes, las que heredaron vacíos, las que amaron a quienes no sabían amar. Las que, aún rotas, siguieron. Las que, como yo, se cansaron de ocultarse bajo disfraces ajenos.

Aquí estoy. Con cada página, me recojo. Me nombro. Me abrazo.

No para olvidar. Sí, para vivir, al fin, desde un lugar más auténtico.

Gracias por entrar a este territorio sagrado conmigo.

Capítulo 1

Mi nacimiento

Nací en una isla, al sur de un país que también está en el extremo sur del mundo.

Fui arrojada a este mundo un día domingo 1 de mayo, a la una y media de la madrugada.

No recuerdo el frío de la isla ni el silencio de la noche, pero desde entonces he sentido que mi existencia comenzó no como una llegada, sino como un impacto. Vine a este mundo sin pedirlo, sin entenderlo, y sin saber aún cómo habitarlo del todo. Nací bajo el signo de Tauro, con ascendente en Acuario y la Luna en Sagitario. Una mezcla extraña, contradictoria, pero variada en elementos.

El Sol en Tauro me ancló a la materia: a la necesidad de raíces, a la búsqueda del placer sencillo, al deseo de estabilidad. Soy terca, sí. Pero también leal, afectuosa y obstinada cuando algo —o alguien— me importa.

Acuario, en cambio, me trajo la rebelión. Me hizo distinta. Curiosa. Una mente que corre más rápido que

el cuerpo, un espíritu que no encaja del todo en ningún molde. A veces siento que soy muchas versiones de mí al mismo tiempo: la que quiere quedarse y la que necesita huir.

Y luego está mi Luna, la más salvaje. Está en Sagitario, el signo del viaje, del fuego que no se deja encerrar. Esa parte de mí que se lanza a caminar sin mapa, que cree que el mundo está hecho para ser explorado. Mi padre solía llamarme «aplanacalles»... y tenía razón.

Mi madre me llamaba de otras formas.

Durante mi infancia, solía decir que tenía mal genio. Que era floja. Que algo en mí no estaba bien. Esas palabras no dolían como un golpe, pero quedaban flotando, insinuando que yo era una equivocación.

Más adelante, cuando ya no era una niña, pero tampoco una adulta completa, las palabras cambiaron. Se volvieron más ásperas. Una noche, me llamó puta. En otra, borracha. No quiero narrarlo como un reclamo. Solo lo registro como parte del paisaje emocional en el que crecí.

Me llamaron Clara Aurora.

Pero el mío no era dorado ni venía con lentejuelas. No era de pasarela, ni de realeza. Era de tierra cruda, de piel en carne viva.

Dicen que algunas personas nacen con estrella, y otras… estrelladas. Si eso es cierto, quizá a quienes caen les toca aprender a levantarse con más fuerza,

más conciencia. Con las manos vacías, pero el alma despierta.

Mis padres también tenían nombres. Historias. Heridas que me alcanzaron antes de saber hablar.

Pero esa… esa es otra historia.

Capítulo 2

Mis antecesores

Raíces paternas.

No elegí a mi padre. Como nadie elige de qué árbol caer.

A él también lo habían plantado en tierra ajena, bajo reglas heredadas, entre silencios que nadie se atrevía a cuestionar.

Se llamaba Herman Hannover. Venía del país vecino, de una familia de clase media trabajadora. Su madre, mi abuela paterna, era dueña de casa; su padre, mi abuelo paterno, empleado de correos del Estado. Orlando, se llamaba. Un hombre que toda su vida selló cartas ajenas, hasta su jubilación.

Herman fue el menor de tres hermanos varones. En su casa, el camino estaba trazado con lápiz duro: estudiar, conseguir un título, ganar dinero. No se hablaba de sueños, sino de carreras que rindieran. Él lo cumplió al pie de la letra: se graduó como ingeniero civil industrial y también obtuvo un título de técnico

eléctrico. Logró lo que se esperaba de él. Nada más. Nada menos.

Su hermano del medio también fue ingeniero, aunque comercial. Se casó con otra ingeniera y juntos se dedicaron a enseñar. Profesores universitarios, estirpe de clase media.

El hermano mayor —medio hermano en realidad, hijo del primer matrimonio de la abuela— se formó como contador auditor y acabó convertido en empresario agrario. Exportaba paltas y tomates, productos de la tierra que nunca cultivó con sus manos. Ascendió, dicen. Clase media-alta.

Orlando, mi abuelo, trabajó en correos hasta su último día. No dejó herencias lujosas, solo una casa: su refugio, su símbolo de logro. Dejó la casa a sus dos hijos biológicos: Herman y su hermano. Pero fue el medio hermano quien se la quedó, quien la vendió. El dicho es certero: nadie sabe para quién trabaja.

Orlando murió cuando yo tenía catorce años. Mi abuela paterna falleció cinco años después. Y entonces ocurrió lo que ocurre siempre que muere un anciano: algunos vienen a llorar, otros a recoger. El medio tío corrió tras la carroña como un buitre elegante. Se llevó lo que alguna vez pudo haber sido herencia. No por codicia, quizás, sino porque así estaba escrito en su código: apropiarse, ascender, borrar.

Mi padre no se opuso. Nunca lo hacía. Tenía un temperamento apagado por dentro, como si el fuego

de Aries —su signo solar— se le hubiera quedado encerrado en el pecho.

Una frase lo definía en sus últimos años: «No me calienten la cabeza». Eso decía cuando ya no quería pelear, ni decidir, ni sentir demasiado. Incluso su fecha de nacimiento era difusa. Se celebraba el 4 de abril, aunque su padre juraba que había nacido el 5. Aries de todas formas.

También quiero hablar de Clotilde. Mi abuela paterna.

Una mujer que nació en una época donde las mujeres se casaban una sola vez, tenían muchos hijos, y no hacían demasiado ruido. Pero ella no encajó del todo en ese molde. No lo gritó. Simplemente vivió diferente.

Su primer esposo murió, y quedó sola con un hijo. Para sobrevivir, alquilaba habitaciones de su casa. Fue así como conoció a mi abuelo, Orlando: no en una fiesta, ni por una recomendación familiar, sino como arrendatario. Él era diez años menor. Y, aun así, fue él quien la eligió… o quizás fue ella quien lo eligió a él. Nunca lo sabré con certeza, pero me gusta imaginar que mi abuela era seductora, segura de sí misma, una mujer que sabía lo que quería en un mundo que le enseñaba a agachar la cabeza. Creo que, en silencio, fue una adelantada a su tiempo.

Tuvo a mi padre a los cuarenta y dos años, en una época donde eso era impensable. Yo solo la conocí en su vejez, con su andar pausado y su cabello blanco recogido, siempre oliendo a sopa casera y lavanda. Pero detrás de su delantal había una historia de fuerza y astucia, tejida en sus propios términos.

Me gustaba estar con ella. Su casa siempre estaba limpia, ordenada, con las sábanas blancas y el pan recién hecho. Se aseguraba de que todos comiéramos bien, con gusto, y en abundancia. Amaba dar sin medida. Conversábamos bajo el árbol de higos del patio mientras me comía algunos. La acompañaba al mercado, y para mis cumpleaños cada año me enviaba una caja con varios regalos que consistían en mis chocolates favoritos, un suéter tejido por sus manos, y una Barbie envuelta con ternura.

Creo que de ella heredé ese sentido del orden que no ahoga, sino que cuida, del sentido al detalle.

Ese amor que no se proclama, pero se deja ver en los detalles: en la mesa bien puesta, en la comida caliente, en saber que el hogar puede ser una forma de resistencia silenciosa. Ella era signo de tierra al igual que yo. Ella me enseñó que la estructura también puede ser amor. Que crear un espacio seguro, limpio y amable… también es una forma de legado.

De mi abuelo Orlando no sé demasiado, pero hay escenas que quedaron conmigo como pequeñas anclas.

Cuando era niña, me enseñó a usar la hamaca del patio. No lo hizo con juegos ni empujones, sino con instrucciones. Me explicaba cómo tomar impulso, cómo mantener el equilibrio. Me hablaba con paciencia. Como si enseñar algo simple también fuera una forma de decir: «Estoy aquí». Años después, ya adolescente, me daba dinero para los pasajes del colectivo. No lo hacía con sermones ni con preguntas. Me decía: «Estira la mano, que la gallinita está llena».

Y yo extendía la palma, mientras él sacaba un monedero repleto y me entregaba lo que tenía. Sin juicio. Sin cálculo. Solo porque sabía que lo necesitaba. Ese tipo de amor silencioso, práctico, que no se explica, pero se recuerda siempre.

Visitar a mis abuelos los fines de semana era sentir que había un lugar donde todo tenía orden, calidez y sentido. Un hogar de verdad. A veces me pregunto por qué no me quedé a vivir con ellos. Por qué no estudié en su ciudad. Por qué, con tan solo doce años, me empeñé en quedarme con extraños, como si la soledad fuera un mérito. Quizás no supe leer a tiempo lo que era bueno para mí. Quizás fui demasiado leal a la costumbre del abandono. O quizás, como muchas niñas confundidas, pensé que lo seguro era aburrido, y que lo difícil era lo que correspondía. No lo sé del todo. Pero aún hoy, cuando alguien me tiende una moneda

sin preguntar, vuelvo a esa imagen: mi abuelo, su monedero lleno, y su gesto sin condición.

Mi abuelo materno se llamaba Óscar, era de signo Cáncer, agua. no tenía nombre de abuelo. No era dulce, ni frágil, ni lento. Era un alemán que hablaba poco y construía mucho.

Dicen que levantó con sus propias manos el primer molino de agua del pueblo, al que llamo Astilleros y así se sigue llamando hasta el día de hoy. Que fue él quien diseñó, donde la madera encontraba forma y dirección. Las cosas no nacían solas: había que hacerlas. Esa fue su religión, además del judaísmo.

No tenía vicios, decían. Tampoco sonrisas gratuitas. Caminaba como quien mide el terreno, incluso dentro de su propia casa. Pero un día fue a la escuela, cuando supo que una de sus hijas —mi madre — había sido maltratada. Fue directo, sin pedir cita. Dijo que no permitiría que nadie le haga daño. No se quedó a escuchar respuestas. Ese fue su modo de amar: intervenir cuando hacía falta. No antes. No después.

De mi abuela materna conservo otro ritmo. Ella estaba hecha de Aire, recuerdo que nunca se tomaba nada en serio, la sonrisa estaba a flor de piel en su semblante, Felicinda se llamaba.

Sabía cuándo sembrar según la luna, cuándo arrancar las malas hierbas y cuándo cocinar con manzanas agrias y hacer sus exóticas tartas de ruibarbo, flan espeso, leche asada como la que ya nadie hace toda una

acuariana. No hablaba de amor, pero te servía tres veces. No daba consejos, pero su cocina olía a certeza.

Su patio era un pequeño universo ordenado: la gallina sabía dónde picar, los higos caían cuando era el momento, y el fuego de la cocina era como su corazón: constante, presente, silencioso. Yo la observaba en silencio. Y aunque la infancia me empujaba a jugar, algo en ella me enseñaba que la repetición de ciertos actos puede ser también una forma de oración.

Creo que de ella heredé el amor por lo cotidiano que sostiene. El orden que no controla, sino que cuida. El instinto de hacer hogar en cualquier parte, incluso en medio del exilio.

Nunca le dije gracias por todas las veces que la llamé y me dio mil veces la misma receta. Tampoco a él, no tuve la oportunidad de conocerlo, ya se había ido cuando yo llegué.

Pero escribir esto, quizás, sea la forma que tengo de hacerlo.

Capítulo 3

La vida de mi madre

Analía, mi madre, fue la menor de doce hermanos. Doce nombres repartidos entre hombres hechos para el trabajo y mujeres hechas para resistir.

Yuri, Óscar, Raúl, Rolando, Enrique, Rubén —el que murió en el incendio—, Cornelia, Juana, Nora, Norma, Liliana y, finalmente, Analía. Esa era su constelación. Cada uno con una historia que se bifurcaba entre sobrevivencia y ambición.

Los hombres, se convirtieron en empresarios. Empezaron desde abajo, trabajando con las manos, y con el tiempo levantaron sus propios imperios. Las mujeres, o al menos algunas de ellas, eligieron otro camino: Nora y Liliana fueron a la universidad. Analía también, aunque la historia se encargó de romperle el rumbo, después de la muerte del abuelo Óscar.

Nora estudió Trabajo Social y militó en el MIR. Analía, su sombra más joven, la seguía. Las dos pagaron caro esa decisión. La dictadura del año 73 en Chile

no necesitaba razones para perseguir. Solo sospechas. A Nora la torturaron. La forzaron al exilio con un hijo en brazos y otro en el vientre. Su marido no duró: se fue con otra mujer apenas llegaron a Bremen. Se convirtió en una escritora latinoamericana desde Alemania.

Liliana no fue perseguida. Enseñó Matemática Aplicada en una universidad prestigiosa hasta el final de sus días.

Analía, en cambio, quedó marcada. Sin título. Sin trabajo. Sin posibilidad, mi abuelo para salvarla del golpe militar la envió a Buenos Aires, allí sufrió otro golpe militar el del año 76 bajo la dictadura de Videla. Mi madre no pudo persistir en quedarse regreso. Tenía la inteligencia. Tenía la voluntad. Le faltó, simplemente, el permiso del régimen. No se quebró, aprendió a sostenerse de otras formas. Sabía coser, tejer, arreglar. Tenía manos buenas para lo útil y una mente despierta para lo posible. Tomó la vieja máquina de coser de su madre y se dijo: «Con esto empiezo».

Primero fueron arreglos. Luego diseños. Luego un cartel inmenso en la puerta de la casa, hecho con el orgullo de quien se rehúsa a desaparecer. Luego llegaron los encargos, las clientas, los vestidos de revista Burda.

Después vino el salto: producir al por mayor. Contratar mujeres. Levantar un taller con doce máquinas. Abrir dos tiendas. Todo antes de los veintiocho años. Analía, la tachada, se volvió empresaria por su cuenta. No por ambición, sino por necesidad.